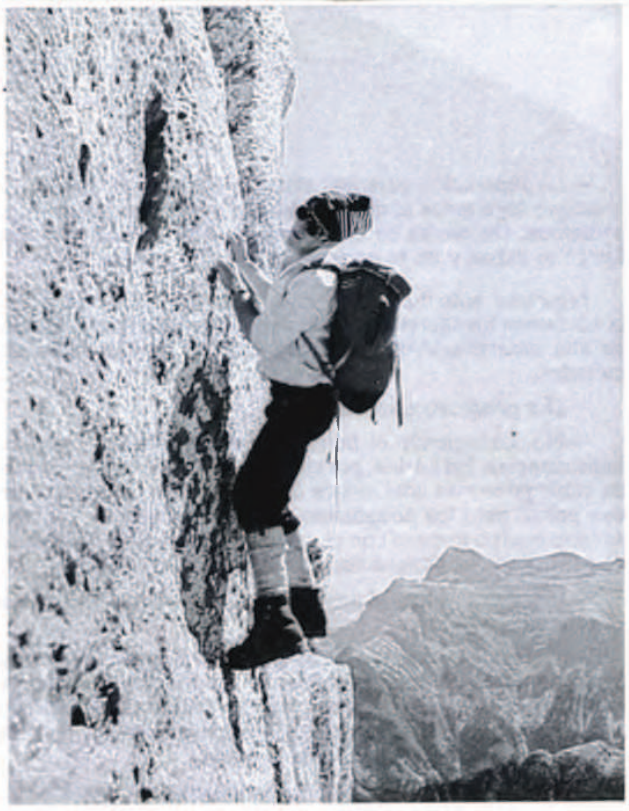

EL DESAFIO

JOXEBA OLACIREGUI ZUBIRI

La crisis por la que en el momento actual atraviesa la juventud es grave. Dada la creciente importancia social de la actividad profesional en nuestras sociedades, se puede afirmar que la inserción de un joven en el mundo del trabajo es un elemento fundamental psicológica y socialmente.

Actualmente es muy difícil para un joven estudiante anticipar correctamente su porvenir. Ahora bien, la importancia de la inserción en el mundo laboral, convertida en la fuente principal del nivel social es tal, que es probablemente difícil para un joven sentirse completamente adulto mientras que esta inserción no haya experimentado un principio de realización.

Muchos jóvenes están enfermos debido a su situación social. La falta de incentivos hace que muchos de ellos caigan en una actitud de abandono, en la que no se lucha por nada. En algún caso, incluso se cae en una férrea dependencia de los estimulantes. No sólo son adictos a estos estimulantes, sino que están inmersos en su cultura y formas de vida. Presos de su propia historia, de su origen social; presos ante todo de sí mismos. En estos jóvenes la realidad no es otra cosa que un gritar angustiado y silencioso.

Es difícil proponer una solución a este problema. Pero a través de estas líneas quisiera presentar un camino que requiere mucha disciplina, esfuerzo y amor propio. La montaña es un buen medio para encontrarse a sí mismo.

La montaña nació mucho antes que el hombre. El hombre vivió durante mucho tiempo al lado de la montaña, pero sin conocerla e incluso sin verla, todo por falta de amor. Muy pronto la montaña fue habitada por el hombre, tal vez por buscar su libertad, a pesar de las dificultades que ofrecía. Durante mucho tiempo se tuvo el concepto de que la montaña era un medio espantoso, opresivo y poblado por una humanidad feroz y poco educada. Más tarde se reconocía en los montañeses a gentes simples, de costumbres puras y resguardados aún de los males de la civilización.

Los antiguos medios de ocupación, con base agrícola y pastoril, están en declive, allí donde la civilización industrial triunfa. El monte se vacía, pero al mismo tiempo, se reinventa, se rehace, y en él se elaboran nuevas sociedades, nuevas maneras de vivir.

Surge la montaña como deporte. Pero a diferencia de los demás deportes, la montaña no tiene clasificaciones, no establece records ni organiza manifestaciones para divertir al público. Las competiciones se resuelven entre el hombre y la montaña, entre las mil dificultades que plantean las rocas cortadas a pico y la inteligencia del hombre que pone todo su empeño y todas sus facultades para superarlas. Es un diálogo mudo, llevado muchas veces más allá del límite de las posibilidades humanas.

La práctica de la escalada exige unas condiciones físicas perfectas; la más mínima dificultad, el más ligero malestar aumentan los peligros que ofrece la montaña. Desde este punto de vista, la cualidad más importante del escalador es su resistencia física y moral, pues es bien sabido que los esfuerzos realizados para llevar a feliz término determinadas ascensiones son muy considerables y en algunos casos requiere muchas horas de continuas fatigas.

La escalada es uno de los deportes más bellos que pueden existir. Es el arte de recorrer las montañas afrontando los mayores peligros con la mayor prudencia.

La actividad de la escalada obedece a dos razones fundamentales: Una de carácter deportivo, la apertura de un nuevo itinerario en una montaña, y la obra de carácter científico, las exploraciones de las más altas montañas.

A estos dos motivos fundamentales que impulsan al hombre a las más arduas escaladas viene a sumarse otro de carácter espiritual. La pasión por el riesgo, el esfuerzo de la lucha directa contra la naturaleza. Una lucha que pone a prueba no sólo las fuerzas físicas del escalador, sino incluso las morales. Y es precisamente esta «droga» lo que en la mayoría de las ocasiones permite al escalador superar los límites del miedo y de las propias fuerzas para conseguir una victoria sobre la montaña, sobre sí mismo. Una merecida recompensa a su esfuerzo.

Las escaladas son recorridos cautivadores. Su rigor motiva su interés y su belleza. Numerosas escaladas se desarrollan en una cara austera de la montaña y en paredes que extraploman directamente de lo alto de las cimas a las amplias llanuras o a los torrentes. Estas ascensiones expresan mejor la existencia de la montaña mediante el contraste entre esas sombrías y verticales paredes y la infinita horizontalidad del paisaje. Es una sola mirada se puede gozar, contemplando un mapa maravillosamente trazado a escala real, donde toda la vida de la montaña—bosques, lagos, collados, rebaños, cabañas de pastores, refugios—alegra la atmósfera de la escalada. A despecho de la severa amplitud de las paredes, el escalador no se siente perdido en la soledad: Gusta de saborear la extraña mezcla de vida y de esterilidad que acompaña sus esfuerzos.

Existen también otros alicientes en la montaña. Uno de ellos es la fotografía. Ofrece un doble atractivo a quien lo practica. En primer lugar se disfruta del suceso que se fotografía; después el placer de disfrutar de las interesantes experiencias vividas que nos gusta recordar y compartir con los amigos.

Tal vez el más importante sea el compañerismo y la amistad que surge en este ambiente. Las montañas carecerían de importancia mientras sólo se viera en ellas la victoria o la derrota. Lo hermoso que ofrece la montaña es la unión de los hombres a través de una cuerda, dispuestos a ayudarse mutuamente.

La elección correcta del compañero para una determinada escalada constituye una condición previa básica para el éxito. La confianza mutua ha de ser muy grande, especialmente en los casos críticos. Puede depender de ella incluso el hecho de salvar la vida.

En Rentería también existe un grupo de montaña, el URDABURU. No todos practican la escalada, pero sí aman la montaña y van a ella siempre que pueden.

Apreciamos la suerte que hemos tenido de conocer las montañas que han permanecido invariables durante siglos. Así continuarán inmutables para el placer de las generaciones futuras, que van a necesitar, cada vez más, la grandeza que sólo la naturaleza puede ofrecer. Para ello lo importante es no privar a los hombres de la obligación ni del placer de poder utilizar los músculos, el corazón y el espíritu que la propia naturaleza les ha dado gratuitamente. No privarles del placer de conquistar esas bellas montañas.

La juventud, para vivir, necesita un gran deseo.